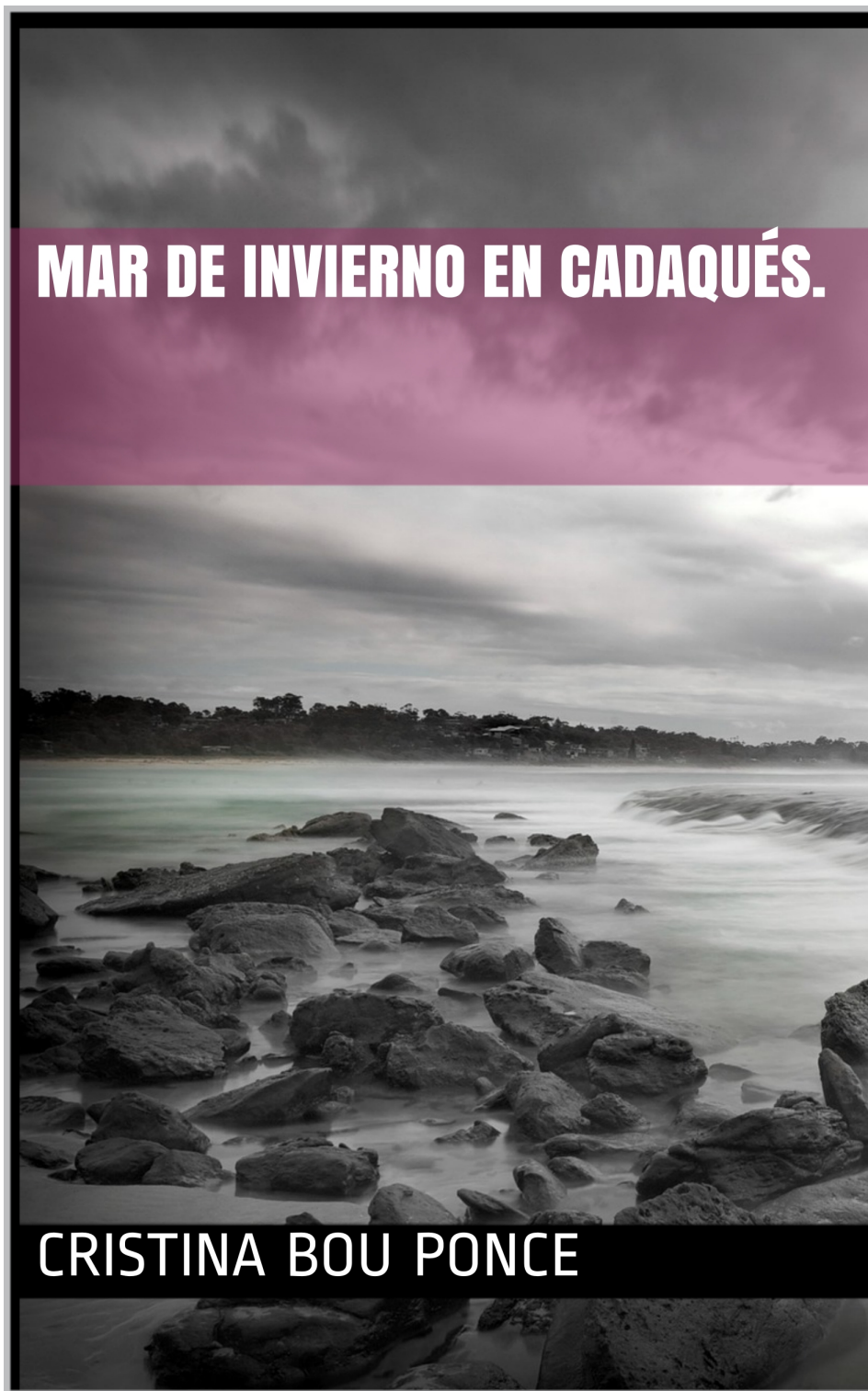


Mar de Invierno en Cadaqués_primeroscapitulosgratis

Cristina Bou Ponce



Capítulo 1

Mar de Invierno en Cadaqués

Cristina Bou Ponce

A mis padres, por haberme traído hasta aquí.

A Daniel, por cogerme de la mano.

A Aitana, porque sin ti nada valdría la pena.

Mar de Invierno en Cadaqués, 2017

Depósito Legal: 288.506

ISBN: 978-956-393-664-3

Autor: Cristina Bou Ponce

Autor de la foto de portada: Ollie Cool [instagram.com/ollietcool/](https://www.instagram.com/ollietcool/)

Reservados todos los derechos

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del autor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo públicos.

Sigue los capítulos con su banda sonora en la playlist "*Mar de Invierno en Cadaqués*", en Spotify: <http://bit.ly/Mardeinvierno>

Más sobre mí y sobre la novela en : www.cristinabouponce.es o en mis

redes sociales

facebook.com/CristinaBouEscribiendo/

twitter.com/CristinaBou_Esc

instagram.com/cristinabou_bsoescribiendo/

Capítulo 2

1. No quiero morir.

¿Es esto lo que se siente cuando uno se está muriendo?

Frío. Golpes. No quiero morir.

¿Esto es lo que se siente cuando uno está muerto?

Frío. Arde dentro. No veo nada.

¿Tengo los ojos abiertos?

Tierra. Óxido en la lengua. Si sangro es que no me he muerto todavía.

Quién lo hubiese dicho, que la muerte sabe a arena.

Sabe mal. Duele. No puedo gritar, pero veo luz.

Dónde está el puto túnel.

Duele.

¿Estoy respirando?

Frío. Tengo tanto frío. Pero dentro arde. Quema. Abrasa, el aire. Mi abuelo. Mis padres. Mi hermana. Una risa. Duele. Gritos. Grito. Grita. Duele. Frío.

No quiero morir, no quiero morir, no quiero morir, no quiero morir, no quiero morir. Morir. No quiero. No quiero. No. No quiero. Morir. No quie... No...No...No.

Creo que ahora sí ya me he muerto.

Capítulo 3

Capítulo 4

2. Cambio de Piel: Los bigotes de Dalí.

Una bofetada helada le arrebató el jet lag de golpe. La tramontana parecía haberse levantado aquel día para recibirla con una húmeda bienvenida. Se paró tiritando, aunque no por frío, al que estaba más que acostumbrada, delante de aquella puerta que tan bien conocía, aquella que tantas veces había atravesado. Se veía deslucida por los rigores del clima mediterráneo y por el descuido de los años. Surcos y arrugas acuchillaban toda la superficie; la pintura caía al suelo descascarillada, formando una pequeña alfombra de hojarasca azul. Zoe recordó sin querer la cara de su abuela, que nunca conoció el lujo de una crema antiarrugas.

Sacó la llave del bolsillo pequeño de sus vaqueros, que tan celosamente había llevado durante todo el viaje pegada al cuerpo, y que le había servido de contrapeso para evitar dar la vuelta y volverse corriendo. La introdujo en la cerradura, y por un momento temió haberse equivocado al sacarla del viejo llavero, puesto que apenas parecía encajar. Quizás el bombín se había hinchado con la humedad. Tras un leve forcejeo, oyó como el engranaje giraba. Inspiró hondo, y cruzó el sombrío umbral.

Al entrar se estampó contra una pared transparente de olor a polvo, a humedad y a casa cerrada. Le recorrió un escalofrío al observar aquella habitación tan añorada, ahora llena de fantasmas que le miraban y esperaban su reacción. Zoe deseó con todas sus fuerzas que sus abuelos estuvieran allí. Su cabeza se ladeó hacia la puerta de la cocina, buscando un ruido de cazuelas que no llegó. Se sacudió los pensamientos y con tres decididos pasos se situó frente a las ventanas, que resistieron su envite con fuerza. Los marcos de madera también se habían hinchado por la humedad, al igual que la puerta. Con algo de empeño consiguió que cedieran, y la luz blanca de la calle entró, revelando las hasta entonces invisibles barras de polvo en suspensión que atravesaban de parte a parte la habitación.

Ralph olfateaba todo el salón. Levantó sus ojos chocolate hacia ella, con una muda pregunta.

—Sí, Ralph, esta es nuestra casa ahora.

De pronto se sintió mal, ante tanto abandono. Esa casa no era la que ella había conocido en su infancia. La humillación, la dejadez, la mugre, eran injustas para con sus abuelos. Se arremangó el jersey, y comenzó a levantar las sábanas, a descubrir los sofás, la mesa de madera antigua, las vitrinas con los juegos de té que con tanto orgullo lucía su abuela. Después, atravesó la cocina sin mirar a los hornillos huérfanos y abrió la

puerta de la galería.

Desde siempre su parte favorita de la casa había sido el patio. Tras tantos años sin visitarlo, pisó de nuevo aquel suelo de ladrillos antiguos, con sus cenefas rojas descoloridas por el sol y el tiempo, y por fin se sintió bienvenida, gracias a aquel rectángulo que tantas veces le había visto jugar. Ralph salió a reconocer el terreno; Zoe sonrió. Era un sitio ideal para que sus veintiocho hermosos kilos pudieran corretear y quemar algo de energía.

Bordeaba el espacio una franja de tierra donde florecían los geranios salvajemente, desbordados, despeinados, en una algarabía de rojos y rosas. Recorrió los espacios libres de las jardineras con la vista y decidió que al día siguiente llenaría cada centímetro libre de plantas aromáticas, como un niño que pinta hasta el último espacio en blanco de un folio. Romero, albahaca, menta, hierbabuena... Y por supuesto ají y cilantro, las dos especias reinas de su tierra natal que su madre, en un alarde de óptimo sincretismo, había sabido incorporar a los platos catalanes que su padre adoraba.

Avanzó con cuidado entre las hojas y la tierra acumulada por los días y la lluvia, y se situó en el único rincón donde daba el sol. Dejó que durante unos momentos su caricia le infundiera serenidad, y seguidamente resopló ante el pensamiento de todo lo que quedaba por hacer.

—Pucha, qué fea estoy.

Aquella maraña de rizos informes y cejas desbordadas le miró en el reflejo del espejo que limpiaba, y le hizo dar un paso atrás, para luego dar uno adelante y examinar de cerca tanta vellosidad. Desde hacía muchos años mantenía la melena con una longitud que variaba entre el ras de las orejas y el hombro, y eso cuando ya se pasaba de largo. Si no quería parecerse a Luis XIV, sus indomables bucles requerían una visita casi mensual a la peluquería. Hizo un esfuerzo mental; hacía más de ocho meses desde el último corte. De las cejas y el bigote ni se acordaba. Terminó de traspasar las escasas pertenencias que había llevado consigo a los viejos armarios de sus abuelos, y le preguntó a la única persona con la que todavía tenía relación en Cadaqués por una peluquería.

De todos las amistades con los que jugó en sus veranos invernales, solo una sobrevivió al paso del tiempo y a los once mil kilómetros que las separaban. Su amiga Montse Acuña, dueña de una de las panaderías del pueblo. En una época en que no existían redes sociales, emails o whatsaps, ellas supieron mantener el contacto a través de cartas. Zoe recordaba la corriente de electricidad que le recorría la espina dorsal cada vez que abría el buzón de su casa y veía un sobre con su nombre. A través de esos escasos folios consiguieron lo imposible: ver crecer la incondicionalidad de una amistad infantil, hacerla capear la adolescencia y

llegar casi intacta hasta su edad adulta. Las cartas se transformaron a su debido tiempo en esporádicos emails, no por ello menos esperados. Cuando le comunicó a Montse que llegaba para mudarse a casa de su abuelo, ella le esperó a las seis de la mañana en la estación de autobuses con los brazos abiertos y una bolsa de croissants de chocolate recién hechos. Con un abrazo y un par de besos, resurgió la complicidad que dejaron el último día que se vieron en persona, casi veinte años atrás.

Montse contestó al teléfono como si lo tuviera en la mano, y con una risa le indicó dónde encontrar "Los bigotes de Dalí", propiedad de una amiga suya.

—Te va a caer genial, ya verás. Es una tía... Muy especial.

En un recoveco del casco antiguo encontró la peluquería de Daniela. La tramontana seguía soplando en esos últimos días de diciembre, y agradeció dejar atrás la pátina de humedad salada que el mar pintaba en las paredes encaladas. Al cruzar el umbral, se sintió transportada del cuento medieval de las calles de Cadaqués a los Estados Unidos de los años sesenta. El salón estaba decorado en blanco y granate, con butacas y carteles retro tapizando las paredes. Un joven Paul Newman fumaba en la pared del fondo, haciendo de telón de los lavacabezas. Daba la impresión que en cualquier momento las Pink Lady entrarían correteando por la puerta.

En medio de todo el espacio, en una butaca negra, Daniela se pintaba las uñas de los pies de rojo pasión. Llevaba unos vaqueros pitillos arremangados, y una camisa anudada al ombligo, a pesar del frío de fuera. El pelo recogido y adornado con un pañuelo de lunares a modo bandana, hacía juego con el resto del salón. Unos zapatos verde botella de tacón alto esperaban pacientes a sus ocupantes. Daniela levantó la cabeza y sonrió a través de sus labios carmesí. Se miraron, divertidas, al reconocerse en la otra, y observar cuánto se parecían. Daniela se incorporó y la saludó como si se conocieran de toda la vida.

—Pasa, pasa, un momentet que estava aquí aprofitant el temps. Es que mai n'hi ha temps per a res, veritat?

Zoe sonrió, un poco cortada. Pensó que como propósito para el año nuevo tendría que hacer un curso intensivo de catalán. Daniela desapareció por la puerta de lo que parecía un pequeño almacén, y volvió en menos de un minuto con unas chanclas y una riñonera llena de peines y tijeras que parecía un cinturón del Oeste.

—Ala ja estic preparada, encara que jo sempre estic preparada, no sé si m'entens... —y le guiñó un ojo—. Qué volíes fer-te'n?

Daniela ya no la miraba a ella sino a su pelo.

—Pues... Mmm, quería cortármelo —dijo Zoe bajito, con un poco de vergüenza por no usar el idioma local.

—¡Ah! Muy acertado, a los rizos grandes le sienta muy bien una media melena. Pasa, vamos a lavarlo primero.

Zoe se sintió obligada a excusarse.

—Perdona, es que acabo de llegar al pueblo y no hablo catalán.

—Ni te preocupes mujer, no hay problema. ¿Para qué están los idiomas? Para comunicarse, ¿no? Pues eso, lo importante es que nos comuniquemos. Y bonita, yo no sé tú, pero yo tengo mucha necesidad de comunicación, que no veas que peñazo aquí el invierno. Has llegado justo a tiempo para darme algo que hacer, porque ya me había requetepintado las uñas de las manos, de los pies y los labios; a puntito estaba de pintarme también los otros, del aburrimiento atroz. Pero cuéntame, perla, ese acento "suavesito mi amor", ¿de dónde es?

—De Chile.

—¿Chilena? ¡No me digas más! Me super encanta una cantante chilena, esta que suena, que se llama Ximena Sariñana. Cambio de piel se llama esta canción. ¿La conoces? —dijo Daniela mientras se situaba detrás del lavacabezas.

—Sí, sí que la conozco... Pero no es chilena, es mexicana —contestó mientras se recostaba en la mullida butaca.

—¿Ah sí? Pero bueno queda por ahí cerca, ¿no? —dijo Daniela mientras dejaba correr el agua.

—No... La verdad es que México debe estar a unos siete u ocho mil kilómetros de Chile.

—¡Qué barbaridad! ¿En serio? Qué vergüenza de incultura; yo creyéndome que allá está todo cerca y resulta que estáis como de aquí a Moscú.

—Más bien el doble que eso... Como de Madrid a Bombay, en línea recta.

—¡Qué me dices! No me hago a la idea... De hecho es que has dicho Bombay y lo primero que he pensado es en ginebra. Bueno da igual, te decía que me encanta la chica esta. Me la dio a conocer un amante

mejicano...

A Zoe le hizo gracia la elección de la palabra.

—¿Un amante?

—Bandido. —Y ambas rieron—. Te digo amante, no porque le ponga los cuernos a nadie, sino porque eso ni es novio ni nada que se le parezca... Eso es lo que es, puro bamboleo. Pero, dime, ¿qué hace una chilena tan lejos de su hogar? ¿Andas de viaje por el viejo continente?

—No, en realidad me acabo de mudar. —Daniela le miró sorprendida y Zoe se adelantó—. Pasé muchos veranos aquí de pequeña, mis abuelos eran de aquí. De hecho, vine a tu peluquería porque te recomendó Montse, que es amiga mía de la infancia.

—¿La Montse, mi Montse? ¿Sois amigas? ¡Madre mía qué casualidad! Aunque, pensándolo mejor, el pueblo es pequeño, no hay tanta gente aquí de siempre, y el ochenta por cien me cae mal, así que supongo que se conozca el veinte restante no es tanta coincidencia.

Zoe se encogió de hombros.

—Ya sabes, la teoría de los seis grados. —Ante la cara de póker de Daniela, aclaró—: Se supone que estamos conectados a cualquier otra persona del mundo por no más de cinco conocidos.

Daniela recapacitó mientras comenzaba a aplicar el champú.

—¿A cualquiera en el mundo? ¿Me estás diciendo que para pasarme a James Franco solo necesito encontrar a las cinco personas que nos separan?

—En teoría.

—¿Y tú no serás una de ellas, no?

Para cuando acabó de secarle los rizos, Zoe ya sabía dos cosas: la primera, que era posiblemente la mejor peluquera a la que había ido, porque poquísimos estilistas saben manejar el pelo ondulado; la segunda, que se iba a reír harto si se quedaba cerca de aquella pin-up catalana. Con la valentía que otorga la soledad, le invitó a un café tras pagarle el corte. Daniela aceptó de inmediato. Ella le había relatado con todo lujo de detalles intimidades y andanzas varias mirando a su reflejo en el espejo, y debió pensar que ahora le tocaba a Zoe.

Fueron al bar de la esquina, y pidieron dos cafés con leche. Se sentaron fuera a pesar del frío, porque Daniela fumaba, y, aunque insistió en que

se quedaran dentro y ella saldría, a Zoe no le importó. Le gustaba el frío, Curicó era helado en el invierno, y sentir la piel erizada le recordaba inevitablemente a las tardes frente a la chimenea jugando con sus padres. Aunque allá el frío era seco, a diferencia del húmedo Mediterráneo.

—Bueno y tú ¿qué? —le preguntó encendiendo un cigarrillo.

Como si hubiera oído las palabras mágicas de Aladino ante la cueva, Zoe abrió las puertas de su vida a aquella desconocida con abrigo de pelos negros, sin reservas ni secretos. Daniela le dejó soltarlo todo casi sin interrumpirle, sin hacerle preguntas. Solo miraba cómo se vaciaba delante suya, mientras fumaba un cigarro tras otro y le pasaba pañuelos de papel.

Mientras se sonaba las últimas lágrimas, de esas que desbordan tanto que hasta salen por la nariz, Daniela se levantó sin decir nada y entró al bar. Salió a los dos minutos con otros dos cafés con leche humeantes, porque el de Zoe se había quedado frío como la mañana sin haber sido tocado.

—Gracias —acertó con la voz todavía enlagrimada.

—De nada, bonita. Mira, ¿sabes lo que vamos a hacer? Pasado mañana nos vamos a juntar tú y yo en mi casa, o en un bar, o donde quieras, y lo vamos a dar todo. Nos vamos a emborrachar, nos vamos a reír, nos tiramos a alguno que pase por ahí y vamos a empezar el año dando las putas campanadas. Y al día siguiente hacemos como que no nos acordamos de nada de este año de mierda y de todos los anteriores. ¿Qué me dices?

Zoe levantó el café con leche a modo de brindis.

—Cuenta con mi espada.

—¿Con tu espada? Más bien cuento con tu vaina. —Y las dos brindaron entre risas.

Capítulo 5

3. Summer of 69: Un famoso desconocido.

Recordó aquel café de risas y lágrimas con Daniela y aquella Nochevieja, mientras esperaba apoyada en la puerta de su camioneta. Parecía increíble que hubiera pasado algo más de un año. Cerró los ojos, respiró hondo, contó hasta diez en inglés. El sol se convirtió en un foco de teatro que iluminaba su rostro. Sintió el calor en la piel, las manchas rojas a través de sus párpados. A lo lejos, el ruido sordo de neumáticos rodando contra asfalto seco le hizo abrirlos y comprobar la hora en su reloj de pulsera. No le gustaba tener que controlar el tiempo con el celular durante las entregas; le parecía que transmitía sensación de urgencia o de desinterés. Era poco profesional.

Diez en punto, hora exacta acordada.

—Here we go —dijo en voz alta. Para ir cogiendo el ritmillo del acento murmuró la letra de una vieja canción en inglés, tan vieja que ni recordaba el nombre del grupo.

Al fondo de la calle apareció una camioneta Ford Ranger roja, último modelo, para sorpresa de Zoe, cuyos clientes solían conducir en su mayoría BMW, Mercedes, descapotables, y otros coches sinónimo de crisis de mediana edad o grandes bolsillos.

Cadaqués era una de esos lugares de la costa española que estaba de moda entre la gente, especialmente entre la de dinero. La de mucho dinero. Tal y como ocurría desde siempre con las Baleares, turistas de segunda residencia, de cualquier país, pero habitualmente de climas fríos, llegaban buscando el tiempo, la comida, y por supuesto, el mar. Empresarios, modelos, actores, cantantes... Nadie se resistía a esa bohemia fácil, a las ensoñaciones que provocan sus paisajes de amaneceres arrebolados.

Desde donde esperaba no alcanzaba a ver al conductor, pero divisó en la ventana del copiloto un hocico negro y blanco que feliz olisqueaba los miles de aromas nuevos que llegaban a su prodigiosa pituitaria. Cuando el semáforo cambió a verde, el vehículo se fue acercando, y vio como el conductor, ahora ya sin duda un hombre, se inclinaba hacia delante buscando el cartel de la inmobiliaria. Le saludó, indicándole con el brazo que parara justo al lado de su propia camioneta.

La puerta del copiloto se abrió primero y un bóxer americano color canela bajó de un salto, estiró las patas, sacudió el lomo y bostezó.

—Largo viaje, ¿eh amigo? —dijo acercando su mano al animal para que la oliera—. Amiga, perdón —La perra meneó su cola con aprobación, y Zoe le acarició la cabeza.

Observó las dos camionetas juntas. Al lado de la reluciente Ford, la suya se veía vieja y ajada. El hecho de que estuviera sepultada en tierra y polvo tampoco ayudaba. "Tenía que haberla llevado a lavar ayer". La cara de babuino mosqueado de su jefa hubiese sido histórica, de haberse encontrado allí para ponerla. Tenía excusa, no obstante; se había pasado la tarde refrescando los detalles del contrato, cerrado dos meses antes con la asistente del cliente, y había olvidado por completo el estado del coche.

La puerta del conductor se abrió, y un hombre de unos cuarenta y tantos, de complexión fuerte, aunque no especialmente alto, bajó del coche. En tanto él se ponía una chaqueta de cuero, Zoe repasaba archivos mentales a toda velocidad. "Yo le conozco de algo". Lo escaneó rápida y disimuladamente, mientras fingía buscar algo en su carpeta. Bajo la camisa de leñador se intuía un cuerpo otrora trabajado de gimnasio, pero ahora acostumbrado a un estilo de vida más relajado. Los vaqueros, gastados, anchos, cómodos, lucían alguna mancha añeja. "Este gallo no es modelo, no es un actor guapito de Hollywood rollo Instagram... Pero sí que es famoso, de eso estoy segura".

—Buenos días —saludó en inglés mientras se acercaba a darle la mano.

En verano el pueblo estaba acostumbrado a ver su población aumentada exponencialmente, con turistas representantes de todos los estratos de la sociedad. En invierno, Cadaqués se sacudía los excesos y se quedaban los de siempre, más los clientes de Zoe: jubilados provenientes del norte de Europa, con pensiones que harían enrojecer a ciertos banqueros; ex-banqueros y ex-presos; escultores y pintores buscando inspiración en las ondas azul cobalto; famosos intentando esquivar a los paparazzis; amantes huyendo de sus respectivos esposos; esposos huyendo de sus amantes, en un último y a menudo fallido lanzamiento de dados.

Muchos compañeros dedicados al negocio inmobiliario abandonaban entonces el barco, temerosos del tedio invernal que supone una localidad de menos de tres mil habitantes. Para Zoe, por contra, era la mejor época del año, cuando Cadaqués casi retornaba a sus orígenes de pueblo pescador.

—Buenos días —le contestó el hombre tendiéndole también su mano—. Zoe, supongo.

En sus labios sonó "Zoi", y ella asintió con una sonrisa. Siempre le hacía

mucha gracia cómo pronunciaban su nombre los angloparlantes.

—Sí, Mister...

—Michael Sullivan. Por favor, llámame Sullivan, así me llama todo el mundo —sonrió cortésmente.

—Sullivan pues. —Ladeó en un movimiento simpático la cabeza. Le gustaba la gente que quería que le tutearan; era una de esas costumbres españolas que había interiorizado rápidamente—. Espero que hayas tenido buen viaje, aunque habrá sido cansado.

—Sí, bastante cansado —dijo escuetamente.

"No eres de los que le gusta la charla trivial, ¿verdad?. Está bien, vamos al grano".

—Imagino que Ms. Plake te puso al corriente de los detalles del alquiler. Si te parece, podemos ir a ver la casa y los repasamos allí. —Zoe miró la camioneta nueva—. Lo mejor será que me sigas, aunque vas a ver que el camino no es difícil.

—Me parece perfecto. —Con un silbido agudo llamó a la perra, que andaba olisqueando los escalones de la puerta de la inmobiliaria—. Te sigo.

Zoe no alcanzó a distinguir si tenía ojos azules o verdes antes de que subiera a su vehículo. Cuando ambos motores sonaron, maniobró para situarse a la delantera. Miró por el retrovisor izquierdo para ver que el otro coche se ponía en posición, y en el retrovisor central para retocarse el pelo en un gesto coqueto. A través del espejo volvió a distinguir su mirada clara, expectante, y con una risita disimulada accionó el intermitente izquierdo. "Un rato bueno sí que está, sí".

La villa Záitsev, llamada así por sus rusos dueños, se encontraba en la parte alta de Cadaqués, en sentido literal y figurado, en la exclusiva urbanización "Es Vents de Mar", a la que se accedía a través de un camino que se abría desde la carretera a Roses. Guardia de seguridad veinticuatro horas, acceso con barrera, servicio de conserjería. Parcelas bien separadas, todas a salvo de miradas indiscretas.

Cuando faltaban unos cinco kilómetros para llegar, "Summer of 69" de Bryan Adams sonó en la radio, y algo en su cabeza hizo clic. A Zoe le encantaba la música. Desde que su padre le había regalado una radio con seis años no había parado de escuchar todo lo que saliera por los altavoces, demostrando tener una memoria atípica para letras y melodías. Dio una palmada al volante. No, no es que fuera Bryan Adams quien conducía detrás, pero también era cantante. Es decir, lo había sido.

"Michael, Michael Sullivan. Obvio, ese es".

Una vez reconocido, a su mente llegaron sin esfuerzo algunas de sus canciones. Zoe no estaba segura pero creía que cantaba en solitario, rock del fácil. En realidad solo podía pensar en uno de sus discos, del que por lo menos hacía diez años, quizás más. Se puso a tararear su tema más conocido. Zoe se había grabado el CD en su momento. Era bastante bueno a su juicio; quizás hasta todavía lo tuviera por casa. Sin embargo, por más que lo intentó, no recordó ninguna otra canción que no perteneciera a ese álbum. Una historia de sobra repetida; gente que alcanzaba un éxito impensable, muchas veces debido a las hábiles maniobras de las distribuidoras y radios comerciales, y luego desaparecía en el sinfín de canciones editadas cada año.

Zoe redujo velocidad y marcó el giro con el intermitente hacia la entrada de la urbanización. Ante ellos se extendía una avenida enmarcada con un murete blanco, nuevo y reluciente, y un cartel de azulejos donde se leía "Es Vents de Mar". Al fondo, la garita del seguridad, con las dos barreras bajadas. Zoe paró delante del interfono, pero no lo llegó a accionar porque el seguridad salió de la caseta con cara de pocos amigos. Zoe se quitó el cinturón y bajó la ventanilla del acompañante, opaca de tantas gotas y polvo, con la manivela manual, y sonrió al guardia, quitándose sus gafas de sol.

—¡Buenos días!

—Buenos días señorita. Esto es un recinto privado.

—Sí, ya lo sé... Estoy en la lista de visitas, soy Zoe Verdaguer, de la inmobiliaria Vip Cadaqués. Vengo con el nuevo arrendatario de la parcela... Un momento —fingió consultar los papeles que llevaba en el asiento del copiloto, para darle así tiempo al seguridad de comprobar la lista de autorizados que lucía en la mano—, la parcela treinta y dos, propiedad de los señores Záitsev.

El seguridad, que ya había visto la reseña en la hoja de autorizados como "Zoe Verdaguer más uno", se hacía un poco el remolón, por aburrimiento o por ganas de demostrar autoridad, hasta que una voz enérgica se oyó desde la garita.

—Déjeles entrar José, que nuestra Zoe aquí presente es la dueña del lugar.

—¡Hola Damián! ¿Qué tenemos para hoy?

Damián salió de la garita, con un periódico en la mano.

—Vertical, cinco letras, "Se tomase indebidas confianzas".

Zoe chasqueó la lengua.

—Pero obvio, Damián, me lo pusiste fácil. "Osase". El próximo que sea un poco más complicado. —Señaló con un gesto de la cabeza al seguridad—. Veo que tienes compañero nuevo.

—Correcto, aquí nuestro nuevo miembro de la seguridad vecinal, José Tomás.

—¡Anda, como el torero!

—Exactamente, señorita. Damián, ¿va a usted a presentarme a su... amiga? —respondió con retintín.

—Pues Don José —retintín devuelto—, esta es Zoe Verdaguer. Como ya le ha dicho trabaja en la inmobiliaria VIP Cadaqués, y muchos de los dueños de las villas de esta nuestra comunidad —guiñó cómplice un ojo a Zoe— son clientes suyos. Así que siempre anda por aquí trayendo arrendatarios, compradores, y guiris en general. La va a ver mucho, sobre todo en mayo cuando esto se empieza a llenar, así que memorice bien su cara, lo cual es de por sí un pleonasma puesto que esta belleza es intrínsecamente inolvidable.

—¿Es un qué? —dijo José.

—Damián, me vas a sacar los colores.

—Nada más bello que una bella dama ruborizada. —Se asomó para ver la camioneta de detrás—. Veo que ya me traes la primera hornada de forasteros.

—Pues sí, como le decía a Don José —puntualizó irónicamente— traigo al inquilino de la parcela treinta y dos, que por cierto debe estar impacientándose un poquito por el retraso. Ya saben cómo son estos gringos, total por veinte horas de viaje que debe llevar a cuestas.

José se sintió más que acorralado, y, sin mediar más palabra, entró a la caseta y accionó el botón de la barrera. Zoe esperó a que se levantara por completo para pasar, seguida por la Ford. Paró el coche, sin apagar el motor, y se acercó a la ventanilla del conductor.

—Sullivan, si quieres te presento al conserje. Él te ayudará en todo lo que necesites.

—Por supuesto —dijo quitándose el cinturón y abriendo la puerta. Cuando bajó de la camioneta la melena castaña se le movió con el viento. Zoe se

mordió el labio inferior para intentar aguantar la carcajada, al recordar un anuncio de champú. Sullivan esbozó una media sonrisa, confundiendo el gesto con una prueba de que allí también iba a tener éxito con las mujeres. Zoe se ajustó un mechón de su corta melena detrás de la oreja, y arrugando la nariz pensó que nunca le habían gustado los hombres con el pelo largo.

—Damián, este es Mr. Sullivan —dijo en inglés—. Estará por aquí tres meses.

Damián extendió su mano al joven. Él peinaba canas de más de sesenta años, así que a todos los veía jóvenes, sobre todo a esos extranjeros que se cuidaban tanto.

—Need something? You call. —Con una mano hizo gesto de llamar por teléfono y con el otro se señaló. Sullivan sonrió ante la frase y el acento, pero apreció visiblemente el esfuerzo. Todos los clientes lo hacían. Salvo alguna excepción, que pedía hablar con un interlocutor que dominara el inglés de verdad. Pero para tratar a esos idiotas ya estaba Zoe.

—Damián te ayudará en todo lo que necesites —repitió—. Aunque no hable muy bien inglés, te sorprenderá lo bien que se hace entender, mejor que yo. Y si por una de aquellas no os entendéis, me llamas y yo te traduzco.

—Seguro que no habrá problema. —Asintió hacia el conserje en reconocimiento.

Zoe se volvió hacia Damián.

—Es un poco serio pero parece agradable. Voy a hacerle la entrada y luego nos tomamos un cafetín mientras resolvemos ese crucigrama.

—Eso está hecho, mi pequeña araucana. No me hagas esperar que me pondré celoso de tu amigo.

—Damián, no hay hombre en este mundo, gringo o no, que se te pueda comparar.

—¡Ay, si veinte años menos tuviera...! —exclamó de espaldas, ya volviendo a la caseta.

—¿Vamos? —indicó Zoe con la mano.

—Sí, claro, "gracias" —dijo en español Sullivan a Damián, devolviéndole el esfuerzo.

Subieron la cuesta principal. A los lados de la calle más muros, tapias, setos impenetrables. Tras pasar un par de calles giraron a la derecha. La parcela treinta y dos estaba al fondo de la que lucía como prosaico nombre "Calle tres". No era la casa más grande que Zoe gestionaba, pero aún así sobraban metros para dos personas, o una, como sospechaba que iba a ser el caso. La asistente no lo había dejado claro, argumentando que quizás llegaría algún invitado. Ella no insistió; la discreción era parte del trabajo.

Ms. Plake había contactado con la agencia a principios de noviembre del año anterior. El email con la petición le llegó directamente a Zoe, porque ya era temporada baja y en la agencia solo seguían trabajando ella, otra compañera y su jefa. En verano, en cambio, podían llegar a ser hasta diez empleados.

La asistente había visto la casa que le interesaba en la web, así que el trabajo fue fácil. Siguió el procedimiento estándar y le preguntó las fechas, el número de personas y los requerimientos especiales. Ms. Plake contestó cortés, rápida y escuetamente, y en menos de cuatro e-mails cerró el trato. Y eso no le gustó.

A Zoe era la mejor encontrando exactamente lo que el cliente quería y necesitaba a partes iguales. Pero para eso tenía que tener información, conocer quién era aquel que se iba a alojar en la casa. Saber algo de la profesión, de sus gustos, podía hacerle recomendar una casa u otra, y con eso acertar en el centro de la diana. Aquellos que dejaban la selección en manos de sus asistentes por ser extremadamente celosos de su privacidad, perdían casas, a su juicio, que hubiesen satisfecho todos sus anhelos.

Intentó averiguar algo más del inquilino, pero hasta que sonó Bryan Adams en la radio no obtuvo más información. Desde ese momento algo se había instalado en la boca de su estómago; la sensación de que, en este caso, su dardo se había quedado lejos del círculo central.

Abrió la persiana metálica del garaje con el mando, y ambos entraron cómodamente los vehículos. Bajaron, y Zoe sonrió.

—Welcome home.

La misma cantinela que siempre decía a los clientes. En este caso se arrepintió nada más pronunciar las palabras, porque le sonó tremendamente falso. La perra andaba olisqueando todo a su alrededor, y Zoe aprovechó para preguntar su nombre.

—Cinnamon.

—Qué apropiado. —Le indicó con un gesto por donde debían ir—. Veamos la casa y luego volvemos a por tu equipaje.

Sullivan asintió, y le siguió por una puerta lateral. Ante ellos apareció un amplio jardín con algunos chopos a la izquierda que daban sombra a una zona de descanso con sofás y una mesa baja. Varios rodales de flores acotaban el camino de ladrillos que conducía a la casa.

—Muy bonito —dijo Sullivan con la mirada perdida.

Zoe conocía de sobra el oficio como para no darse cuenta de la indiferencia de Sullivan. Sabía también que, a grandes rasgos, hay dos ingredientes que hacen que un comercial conecte rápidamente con un cliente apático y desinteresado: el humor y el flirteo. Ella dominaba ambos de manera natural. Decidió probar primero con un chiste fácil; la clave era enmarcarlo en un contexto de interés para el cliente.

—Un sitio estupendo para que tu preciosa bóxer corra. A poco que la entrenes estás desayunando ardilla todos los días.

Sullivan sonrió con un respingo.

—No creo. Me extrañaría menos que una ardilla tocara a la puerta y me trajera a Cinnamon entre sus fauces. Me temo que tiene los instintos de cazadora en coma profundo. Es una urbanita de libro. Lo máximo que consigo es que salte si le tiro algo de comida. Y solo cuando quiere.

¡Tocado!", pensó Zoe mientras abría el doble cierre de seguridad de la puerta de entrada. Las persianas estaban subidas, porque como parte de los preparativos, siempre visitaba las casas el día anterior para asegurarse de que todo estuviera correcto.

—Pues, este es el salón —indicó con las manos abiertas.

Una espaciosa habitación, donde se notaba la cuidada selección de muebles de una mano dedicada a la decoración, les dio la bienvenida. Las paredes blancas, los muebles claros, con detalles en azul, en el mismo estilo que primaba en las construcciones encaladas del pueblo. Era sin duda un salón digno de revista. Sullivan observaba a su alrededor sin mayor entusiasmo. Zoe dio un paso hasta situarse al lado de la mesa de comedor, donde esperaban alineados los controles en un plato de cerámica también azul.

—Aquí están todos los mandos, el de la televisión y el de la calefacción.

—Señaló hacia la pared del fondo—. La chimenea es de pega, en realidad.

Sullivan arqueó una ceja.

—Es de gas. —explicó. Le indicó con la mano que se acercara—. Con este mando abres la llave de paso, con este accionas la chispa y voilà—. La estufa se prendió iluminando con una luz naranja el salón—. Chimenea encendida.

—Lo que avanza la ciencia. ¿Qué ha sido de las chimeneas de leña?

Zoe se encogió de hombros.

—Esto es más limpio, más cómodo... Menos romántico desde luego; bastante postizo en realidad —concedió arrugando la nariz—. En fin, lo bueno es que no tendrás que partir troncos...

—Nunca me ha importado partir leña. —Sullivan le había dado la espalda y andaba por el salón, mirando a todas partes—. Era una de mis tareas favoritas cuando vivía con mis padres. Desde luego mejor que alimentar a los animales.

"Mención a la familia; ya tengo casi el barco hundido".

—¿Vivías en una granja de pequeño?

—En un rancho, en Alabama.

—Ah —Zoe jugó con su pie—. La verdad que no tengo ni idea de donde está eso.

Sullivan sonrió cortés. "Luego dicen de los americanos, que no sabemos geografía". Quiso restarle importancia con la mano.

—Tranquila, está en el sudoeste de Estados Unidos, entre Georgia y Mississippi.

Zoe asintió, pero todavía no se hacía a la idea. En cualquier caso no iba a dejar pasar el momento para seguir con la conversación, y, tal vez, sacar algo más de información.

—¿Adivino si digo que luego te mudaste para ir a la universidad? ¿O eso solo pasa en las películas?

—Pasa en la vida real, sí. Yo fui a la universidad en Florida, aunque la dejé al cabo de dos años —Sullivan tragó saliva, porque siempre había sentido su abandono como una espina en la garganta— para mudarme a Nueva York.

—Bien lejos.

—Sí, bien lejos, allí todo está lejos.

—Para hacer carrera en la música —siguió tirando del hilo Zoe.

Sullivan abrió los brazos y asintió, sabiéndose reconocido en ese momento. No dijo nada más, y Zoe decidió no seguir presionando, por el momento. Le guió por el pasillo hasta una de las habitaciones.

—¿Este es el cuarto principal?

—No, este es el de invitados.

—¿Invitados? ¿Cuántas habitaciones tiene? —preguntó extrañado.

—Tres —contestó rápida Zoe, como si se tratara de un examen. Sintiendo su disconformidad, se vio forzada a excusarse—. En realidad le avisé a Ms. Plake de que quizás era un poco grande, pero me dijo que la villa le gustaba por las demás características —titubeó un poco pero decidió ser sincera—. Ahora veo que quizás no es lo que esperabas.

Sullivan inspiró y negó suavemente con la cabeza.

—No me hacía falta tantas habitaciones, desde luego, pero es muy bonita. Muy luminosa. —En realidad le sobraba casa por todos los lados, le hubiese bastado con un sofá y un jardín, pero tampoco iba a ponerse en plan exigente ahora que ya estaba alquilada.

—Muy luminosa —concordó, sabiendo que en este caso no había hecho justicia a su fama de acertar al cien por cien—. Por aquí está la cocina, tengo entendido que te gusta cocinar. —Esa había sido la poca información personal que Ms. Plake había accedido a darle, así que intentó aprovecharla bien.

—Mis tortitas son conocidas en el mundo entero. —Y guiñó simpático un ojo.

"Menos mal", respiró aliviada, "algo que acierto". Le guió hasta la cocina, cuyos tonos grises de la armariada contrastaban con el verde del jardín que asomaba a través de los ventanales. De inmediato Sullivan se adelantó y se puso a abrir cajones, para examinar los utensilios. Desde que habían traspasado el umbral de la casa, era el primer momento en que había dejado de observar para empezar a tocar, a adueñarse del sitio. Zoe vio cómo se relajaba su postura, hasta ahora tan estirada, y se retiró discretamente hacia la puerta para dejar que jugara a gusto.

—Esto es lo que más me ha gustado de momento, es perfecta. —dijo una vez examinada la cocina.

Visitaron el resto de la casa en apenas cinco minutos, durante los cuales Sullivan y su perra bostezaron en numerosas ocasiones. Ni siquiera la impresionante piscina de bordes infinitos y aguas turquesas consiguieron sacar a Sullivan algo más que un escueto "very nice".

Sullivan bajaba la escalera delante de ella. Zoe observó su camisa de franela a cuadros; sus botas camperas, que habían conocido días mejores; sus vaqueros desgastados por los años, no por diseño. Miró a su alrededor, a las níveas paredes, los cuadros abstractos de colores sobrios. Volvió a mirar la espalda que le precedía, y reconoció que estaba metiendo a un castor en una pecera de cristal.

Tomó aire e hizo caso a su instinto. Si ella era tan buena en su trabajo, era precisamente porque no pensaba que bastara con un "muy bonito". La gente tenía que entrar en los alquileres y sentir que había llegado a casa. Y eso no estaba pasando.

—Sullivan...—Chasqueó la lengua—. Mira, desde que hemos entrado, he estado dándole vueltas a que quizás esta no es exactamente la casa que buscabas. — Sullivan le miró y fue a replicar. Zoe negó con la cabeza cerrando los ojos y levantó una mano para que no la interrumpiera—. Por eso siempre insisto tanto en saber quién es el cliente, para poder ajustar al máximo.

—La casa está bien, es perfecta.

—La casa está bien, pero no es perfecta, no para ti... Sin embargo,—desde que le había reconocido le estaba dando vueltas en la cabeza—, hay una casa que creo que te va a quedar más al cuerpo que un traje a medida. Si me das media hora más de tu tiempo, te llevo y la vemos. Si no te gusta, volvemos y firmamos el contrato de esta. No creo que los Záitsev te devuelvan el anticipo de reserva, eso sí, pero por el contrario la mensualidad de la otra es más barata. Como unos seiscientos dólares más barata. —Tenía que avisar pero sabía que el dinero no iba a ser el problema, ni siquiera era un tema de interés para la mayoría de sus clientes—. Qué me dices —dijo encogiéndose de hombros.

Sullivan observó a aquella morena que hacía tantos gestos cuando hablaba y que miraba siempre directamente a los ojos.

—Qué puedo decir, has despertado mi curiosidad. Además no tenemos prisa, ¿verdad Cinnamon?

La perra le miró y bostezó. Desde luego no parecía que ella tuviera prisa. Ambos sonrieron, y Sullivan abrió la puerta principal indicando con el

brazo.

—Las damas primero —dijo haciendo una reverencia.

Zoe devolvió divertida el saludo y pasó delante.

—Vayamos en mi coche, así podremos ir un poco más rápido. Tenemos que volver al pueblo, porque las llaves de la casa las tengo en la oficina, pero nos pilla de camino.

Atravesaron el jardín, y Zoe abrió la puerta de atrás de la camioneta para que subiera Cinnamon. La perra titubeó y pareció ponerse un poco nerviosa al notar el olor de otro perro. Reticente, subió solo cuando vio a Sullivan sentarse en la parte delantera. A través de la red protectora, este la calmó con palabras susurradas y cariños. Zoe dio la vuelta al vehículo y subió al asiento del conductor.

En cuanto encendió el motor Lenny Kravitz se puso a cantar "Are you gonna go my way", y Sullivan marcó el ritmo con la mano en su pierna. Llegaron con el solo de guitarra a la caseta de Damián, que levantó una taza de café y gesticuló fingiendo enfado. Por toda respuesta Zoe se encogió de hombros y sonrió a su amigo. Damián alzó la mano y le pidió a José que levantara la valla.

Tomaron la carretera en silencio, disfrutando de la música, o eso le parecía a ella, que silbaba el comienzo de "Take me out". Cinnamon se había recostado en el asiento de detrás, resignada a convivir momentáneamente con ese olor desconocido. También Zoe se acostumbraba al olor de su copiloto, o más bien a la ausencia de él. Ni rastro de los perfumes caros y penetrantes que tan a menudo usaban sus clientes. Solo un ligero aroma a madera y clavo de olor.

Sullivan miraba por la ventana y observaba el árido paisaje que rodeaba la carretera.

—Es especial, ¿verdad? El paisaje Mediterráneo. Quizás no es tan impresionante como ver un bosque verde y denso, pero tiene su propio encanto. Un poco como el desierto, que no sabes por qué pero atrapa.

—No sé. La verdad me resulta un tanto inhóspito —respondió él sin volverse a mirar a Zoe.

—Y lo es. Pero eso hace de Cadaqués y de su gente lo que son. Una isla unida a la tierra. En realidad, estos montes sí tuvieron pinares en algún momento; pero entre las sequías y el uso de la madera para la pesca se deforestaron.

—Qué lástima.—Sullivan dejó pasar unos instantes antes de continuar—. Honestamente, prefiero los bosques. Antes solía escaparme a menudo a Central Park, que es uno de pleno derecho, aunque sea artificial. Antes de... —murmuró para sí mismo—. Es un buen sitio para pensar, para componer.

Ella asintió comprensiva.

—Igual que el mar. Un buen sitio para escapar de la vorágine, casi siempre. Por eso me gusta tanto vivir aquí. —Se mordió el labio, impaciente por seguir la conversación, ahora que parecía que el norteamericano se había relajado un poco—. En realidad este es mi segundo año en Cadaqués. Yo no soy española, ¿sabes? Soy chilena.

—¿Chilena? ¿Sí?

—Sí, po' —dijo Zoe, aunque Sullivan no le entendió la gracia—. Soy de una ciudad pequeña, Curicó, en el valle del Maule, pleno centro de Chile. Es una de las zonas vitivinícolas por excelencia.

—Curioso. ¿Y qué provoca que una chilena de la zona de los vinos acabe en el último pueblo de España? —replicó curioso.

—El último o el primero, según se mire... Aunque en realidad no es ni lo uno ni lo otro, pero sí el pueblo más oriental de la península Ibérica —puntualizó Zoe.

—Mis más sinceras disculpas, Miss Enciclopedia. —Se dio cuenta de que no había contestado a su pregunta. Supuso que tocaba fibra sensible, por lo que no insistió, aunque sí le miró interesado con sus profundos ojos verdes.

Zoe resopló, sintiendo que se requería una explicación. Al fin y al cabo era ella quién había sacado el tema.

—Mi familia paterna es originaria de Cadaqués. En los años de la dictadura hubo mucha inmigración española a Chile. Qué ironía, huir de Franco para luego en los setenta encontrarse con Pinochet... No es el caso de mi familia, ellos no emigraron por motivos políticos. Se ve que mi abuelo tenía espíritu aventurero y conquistador, en más de un sentido... De hecho él ya estuvo emigrado en su juventud en Francia, y por lo visto cuando vio a las francesas casi no vuelve.

Sullivan sonrió cómplice.

—A mi me pasó también cuando fui la primera vez a París. A punto estuve de alquilarme un estudio en Montmartre y ponerme a trabajar en

cualquier panadería.

—De verdad, ¿qué tenéis los hombres con las francesas? No me lo explico... Bueno, el caso es que al final regresó y se casó con mi abuela. Tenía un amigo vasco que emigró a Chile y que le hablaba maravillas de las oportunidades del Nuevo Mundo, así que allá que se fue cual Pedro de Valdivia, llevándose a mi abuela y a mi padre, que ya tenía dieciséis años. De hecho él nunca perdió del todo el acento español.

—Ah, muy bien, muy bien. Una historia muy interesante y encantadora, pero que no contesta para nada lo que yo te he preguntado.

—Ahora te lo iba a contar, Mister Prisas. Mis abuelos conservaron su casa aquí en el pueblo, y de pequeña veníamos a pasar los veranos, pleno invierno en este hemisferio, obvio. —Zoe sonrió melancólica y apoyó su mano izquierda en la frente—. Para mí son un tesoro, esos recuerdos tan felices, con mi abuela cocinando maravillas; intercambiando groserías con los chavales del pueblo en catalán y en "chileno"; mi abuelo llevándome al mar y enseñándome a nadar en febrero. ¡Qué frío pasaba! Me decía siempre, "Nada, muévete rápido y verás como dejas el frío atrás". Me contaba que de pequeño se bañaba en el mar todos los días, y que gracias a eso nunca se resfrió. —Zoe tragó visiblemente saliva—. Cuando decidí venirme... —apartó la idea de un manotazo—. En fin, es una historia un poco larga y me acabo de dar cuenta que llevo aburriéndote un buen rato, porque casi hemos llegado a la inmobiliaria.

—No me aburres... Un compositor tiene que oír historias; nunca sabes de dónde va a venir la inspiración. Dicho esto, nada más lejos de mi intención ser cotilla. —Sullivan volvió la vista a la ventanilla—. No tienes que contarme nada. Créeme que sé lo que es que te pregunten sobre cosas de las que no quieres hablar.

Zoe suspiró.

—No es que no quiera contarlo es que —"es que no quiero contarlo"—, bueno, de verdad es una historia larga. Digamos que necesitaba un cambio de aires.

Sullivan asintió, comprensivo. Se miró las manos y preguntó:

—¿Lo echas de menos, a Chile?

—Obvio, lo echo mucho de menos... Mis padres siguen allí, y es el lugar donde crecí. Todo el mundo echa de menos el lugar de su infancia, ¿no crees? —Se golpeó con el dedo la sien—. Guardamos los recuerdos en versión idealizada. ¿Tú no echas de menos la granja donde vivías de

pequeño?

—Un rancho, no una granja —puntualizó—. Supongo que sí que lo echo de menos... Es curioso, dices que idealizamos nuestra infancia pero no creo que sea mi caso, para nada. Aunque sí echo de menos el olor a tarta de manzana de mi madre, o salir en bici en las tardes de verano, a bañarnos al río. Incluso creo que echo de menos trabajar con los animales con mi padre, aunque cuando estaba allí lo odiaba —se rió abiertamente.

—Suele pasar ¿cierto? ¿Por qué crees que será eso? ¿Que echemos de menos ciertas cosas que antes odiábamos? A eso me refería un poco con idealizar.

—No lo sé, supongo que el tiempo borra solo lo malo.

—Como la canción de Serrat... "El olvido solo se llevó la mitad".

Sullivan le miró sin comprender.

—Nada, nada, continua, perdona.

Pero Sullivan giró una vez más su rostro a la ventana y se quedó en silencio. A punto de llegar a la oficina, de repente se volvió.

—¿Sabes lo que creo que echo más de menos?

Negó con la cabeza Zoe, mientras disminuía la velocidad.

—Echo de menos las noches, cuando salía al porche con mi primera guitarra, una guitarra española por cierto, y componía, o aprendía a tocar las canciones del momento. Muchas veces mi madre estaba en el sillón de mimbre de al lado, leyendo un libro en pijama y sonriendo. Y ella tarareaba mis canciones... Canta mejor que yo, ¿sabes? Ella fue la que siempre me apoyó con la música.

Había parado el coche, pero no quería interrumpirle. Le miraba con una sonrisa, fijamente. Sullivan se dio cuenta de que estaban estacionados y miró alrededor.

—Hemos llegado.

Zoe miró al frente y asintió repetidamente con la cabeza, sin borrar la sonrisa de su boca, segura ahora de que había acertado proponiéndole el cambio de casa.

—Sí, voy a recoger las llaves de tu casa —enfaticó— y ahora vengo.

Abrió la puerta y bajó de la camioneta. Al ir a cerrarla, se paró en seco, sujetando la puerta.

—¿Y tenéis algún dúo?

—¿Cómo? —dijo Sullivan sin saber si había entendido bien.

—Tu madre y tú, si canta tan bien, ¿tenéis alguna canción juntos?— preguntó desde el otro lado de la ventana.

Sullivan le miró sorprendido, porque nunca se le había ocurrido grabar algo con su madre... Ciertamente, cantaban juntos en las celebraciones familiares, pero jamás se la había llevado a un estudio. Ella había estado en multitud de sus conciertos, y sin embargo nunca la había invitado al escenario. ¿Por qué no le había dicho de grabar, o de cantar juntos su canción fetiche, "Somewhere over the rainbow"?

—No... La verdad que no.

Zoe se encogió de hombros, sonrió y desapareció por la puerta de la oficina.

Capítulo 6

4. Mr. Brightside: El rincón que vine a buscar.

Sullivan se quedó solo con Cinnamon en la camioneta, pensando por qué nunca se le había ocurrido cantar con su madre, a pesar de tantas noches tarareando canciones juntos. Sonrió recordando algunas de las improvisaciones en las frescas noches de verano, mientras bebían té helado en el porche.

La puerta del conductor se abrió de nuevo y una Zoe visiblemente emocionada apareció.

—Rápido, rápido —hizo una pausa y le señaló con el dedo—. Te va a encantar. —Y se puso el cinturón de un único movimiento certero.

Continuaron por el camino a Portlligat, en sentido contrario del que habían recorrido para ir a la anterior urbanización.

—Esta casa está un poco más lejos del pueblo, pero tu asistente me dijo que, mientras la casa estuviera bien, no te importaba la distancia.

—No; la verdad me encanta conducir.

—Me imagino, ya que parece que has venido conduciendo desde el aeropuerto —a lo que Sullivan asintió—. La mayoría de mis clientes contratan un transfer. Como te decía, la casa está un poquito más alejada, y el camino es de tierra...— levantó los párpados a modo de pregunta.

—No es problema, estoy acostumbrado a conducir por caminos de tierra.

—¿Coches o solo caballos? —bromeó Zoe.

Fingió una carcajada Sullivan dando una ostentosa palmada.

—Muy graciosa... De hecho, los dos, listilla.

—Un verdadero cowboy.

—Yes, ma'am— y tocó con la punta de los dedos índice y pulgar un fingido sombrero.

—Con la camioneta te valdrá. La casa no está en una urbanización, es decir, si hay casas en las cercanías pero son independientes, no es como

la villa que hemos visto... No es para nada como la villa que hemos visto.

—No importa, no necesito conserje.

—¡Ah! Eso no lo sé, no sé... Mira que Damián puede conseguir todo lo que necesites, desde algo de comida especial que no encuentres en el supermercado, a un libro, entradas para cualquier espectáculo... Lo que se te ocurra. Es capaz de conseguir casi cualquier cosa, es increíble.

—Como el teniente Hendley. —Quiso aclarar Sullivan—. Ya sabes, el personaje que interpretó James Gardner en...

—En "La Gran Evasión"; efectivamente, todo un clásico... Pues sí, algo así. De hecho solo hay alguien mejor que Damián consiguiendo cosas imposibles en Cadaqués.

—¿Quién?

—Yo —y sonrió con un guiño.

Nada más pasar un cartel que indicaba la distancia a Cap de Creus, Zoe dio un volantazo, y atrapó al vuelo un desvío que se abría a la derecha. Sullivan le miró de lado.

—Casi me lo paso, lo siento. Es que no está indicado—replicó, y poniendo la lengua entre los dientes adoptó un aire infantil—. Ya me porto bien, lo prometo.

Sullivan negó reprobatorio con la cabeza, agarrándose exageradamente a la manilla de la ventana y exhalando con fingida exasperación.

Sonó Mr. Brightside de The Killers y Zoe preguntó, por seguir manteniendo viva la conversación:

—Si no te gusta la música, dímelo con confianza y la cambio.

—Para nada, en general me gusta tu lista. Aunque yo soy más del rock de antes. Veo que eres una fan del Indie y el pop-rock así más comercial. Normal, está muy de moda. —Al ver su nariz arrugada, añadió—: Lo digo en plan positivo.

Zoe pensó en aprovechar y mencionar algo acerca de sus canciones, pero supuso que estaba un poco harto de que le preguntaran sobre lo mismo. "¿Para cuándo el siguiente disco?, ¿Has venido a componerlo?", se imaginó diciendo. Le sonó entrometido, así que prefirió quedarse callada.

Sullivan miraba por la ventana, viendo los arbustos pasar en una borrosa carrera. Estaba esperando la pregunta, alguna pregunta, acerca de él. De

su música. De por qué cojones hacía cinco años que no sacaba un disco, y por qué el último había sido tan malo. Claro, podría contestar lo mismo de siempre: "He estado sumergido en otros proyectos". Una serie de televisión que pasó sin pena ni gloria, donde actuaba como policía: un policía que por las noches cantaba en un club. Muy original. Pero él no era actor, y la serie no había sido brillante. Fue suspendida en la segunda temporada. Después vino algún programa musical en televisiones locales como presentador o contertulio. Todos duraron poco. Tres años después de su gran éxito, Sullivan se sentía acabado.

Se salvó del abismo de whiskey al que peligrosamente se asomaba gracias a un disjockey amigo suyo, de los tiempos en que su canción, la canción, sonaba en todas partes. Le ofreció colaborar en una serie de programas especiales sobre la historia del rock y resultó que ser locutor se le daba muy bien, gracias a su carisma y su humor. Él se empleó por completo y la audiencia le apoyó, tanto que los directivos de la cadena le ofrecieron un programa propio de martes a sábado. Se dedicaba a pinchar viejas canciones, joyas escondidas, a descubrir nuevos valores, y a entrevistar a otros músicos. Más que entrevistas, eran charlas entre viejos amigos, con alguna cerveza de por medio, haciendo honor al nombre de la emisión: "Entre cervezas". Era un programa nocturno, lo que suponía otra ventaja, porque Sullivan siempre había sido más búho que gallo.

Conservó la buena audiencia durante dos años, más o menos el tiempo que tardó en aburrirse. A quien quería engañar, él no era hombre de rutina, no era hombre de trabajo fijo. De hecho, ¿quién lo es? La diferencia es que un obrero, o un oficinista, tienen que levantarse todos los días para poder pagar sus hipotecas, para comer y vestir a sus hijos. Pero Sullivan no tenía ese problema. Había sabido administrar, a instancias de su abogado, las ganancias que le habían dado los conciertos y los royalties lo suficientemente bien como para que el dinero no estuviera en la lista de sus preocupaciones.

Sin la necesidad como motivación, el tedio de hacer un trabajo que no era el suyo le pudo. Ya no se preparaba el programa como al principio, ya no encontraba nuevos talentos que verdaderamente lo fueran. La cerveza de cada entrevista se transformó en un par de whiskys. Empezó a caer en las encuestas. No es que hubiera tanta gente que dejara de escucharle, pero a los directivos les pareció buen momento para renovar la parrilla de programación, así que redujeron la emisión a dos días semanales.

Sullivan no dio muestras de que le importara, aunque en el fondo sí fue un golpe para su orgullo. Se había centrado en el programa durante todo ese tiempo, y, aunque ser presentador no era su vocación, la música era su vida. Incluso si no era de manera protagonista, le había servido para seguir viviendo de ella. Para mantenerse a flote. Había dejado de

apiadarse de sí mismo, había dejado de beber hasta vomitar.

Era consciente de que tarde o temprano iban a eliminar el programa. Tras una noche de whiskey, decidió que era mejor si lo hacía él, a su manera. Así que avisó a los directivos, quienes respiraron agradecidos por el favor. Le dieron dos semanas para preparar un programa especial de despedida en el que invitó a estrellas amigas y puso las mejores canciones. No la suya, desde luego. Nunca pinchaba sus canciones; no le parecía que estuvieran a la altura.

Eso fue en octubre del año anterior. Cuando llegó a casa la noche de Halloween, después del último programa, puso su viejo vinilo de Pink Floyd. Tras la segunda estrofa de "Wish you were here", dejó el vaso vacío en la mesa y movió la aguja para oírla una vez más:

Did they get you to trade
Your heroes for ghosts?
Hot ashes for trees?
Hot air for a cool breeze?
Cold comfort for change?
And did you exchange

A walk on part in the war
For a lead role in a cage?

Sí, había cambiado sus brasas, sus pasiones, por un soplo de fresca normalidad. Había cambiado un papel de extra en la guerra por ser el protagonista en una jaula. Qué coño había hecho con su vida, con su talento, si es que alguna vez lo tuvo. Dónde estaba el joven que había llegado a Nueva York seguro de su éxito. Que había empeñado lo poco que tenía, menos su vieja guitarra, que había tenido simultáneamente hasta tres trabajos para aguantar mes tras mes, hasta que alguien le dio su primera oportunidad en aquel club, un año después de haber llegado a la ciudad.

Miró por la ventana de su apartamento de NY. Las luces de la ciudad, algo borrosas por el cristal, bien de la lluvia en la ventana bien de la botella casi vacía que descansaba en la mesita, coloreaban la noche. Demasiado tentador, quedarse y ahogarse en el sofá con autocompasión y más whiskey. Ya había pasado por eso. Arruinó su matrimonio y su carrera por eso. Quizás no había vuelto a componer nada decente por eso.

Aquella misma noche de los muertos, le escribió un email a su asistente, para que le encontrara un sitio donde revivir. Un lugar que estuviera tan lejos como para poder escapar de sí mismo. Y allí estaba, en aquel pueblo perdido de España, sin saber muy bien si había conseguido huir de la sombra de la botella.

—Mucho más bonito que el otro camino, ¿eh? —las palabras de Zoe le sacaron de su ensimismamiento.

—Sí, mucho más bonito —aunque apenas si había mirado por la

ventanilla.

Reparó entonces en la pendiente del camino, en los árboles situados al borde de la carretera filtrando la luz, como si fueran las rendijas de una persiana entre abierta, en los matorrales devorándose unos a otros protegidos del calor abrasador del mediterráneo por la escasa sombra de las copas.

La carretera se había vuelto de tierra, y tenía bastantes baches que Zoe parecía coleccionar. "Joder, cómo conduce esta tía". Ella tarareaba la canción en español que sonaba y que por supuesto él no conocía, aunque le estaba gustando la voz tan característica del cantante.

—Son Lori Meyers, los que suenan; un grupo español. La canción se llama "Emborracharme".

"Como si me hubiese leído la mente".

—Suenan bien.

—Sí, a mi me encantan. El nombre del grupo viene por una canción de un grupo punk americano. ¿Lo conoces?

—No, no me suena, pero no soy de punk —negó con la barbilla.

—A mí tampoco me gusta, pero el tema de esa canción en concreto me parece genial. Trata sobre un chico que reconoce a una vieja amiga en una peli porno. Es el nombre de ella, Lori Meyers. Él le intenta convencer de que deje esa vida, pero ella le dice que prefiere eso que trabajar en una fábrica; que en el porno se siente menos humillada.

Sullivan condescendió.

—La idea es original.

—Cierto. Me gusta una frase que ella dice: "You think I sell my body but I merely sell my time" —Sullivan le miraba fijamente—. Entiéndeme, no es que yo fuera a hacer porno... Pero al final todos vendemos nuestro tiempo al trabajo, nos guste lo que hacemos o no.

Asintió pensativo, sin dejar de mirarle.

—Es una forma de verlo.

—Bueno, en realidad todos no, hay gente afortunada como tú que se dedica a lo que de verdad le gusta. Que vive de su pasión.

Sullivan bajó la vista a sus manos, que apretaban sus rodillas en un gesto involuntario. Así había sido, durante un tiempo. Zoe llevaba su mirada de él a la carretera y vuelta, como esperando una respuesta. Él jugaba con sus dedos, sin querer decir nada. Fue ella quién habló al final, y cuando lo hizo le sorprendió.

—¡Ja! Lo he conseguido —dijo triunfal, y redujo un poco la velocidad.

—¿Has conseguido el qué? —le miró extrañado.

—Que durante un tiempo apartes la vista de la ventana. Ahora mira a la derecha porque vas a alucinar.

Sullivan se percató de que la luz del coche había cambiado. Habían llegado a la cima de una pequeña montaña. Giró su cabeza a la derecha y ya no vio rocas, ya no vio matorral. Vio el mar. Azul, inmenso, inundándolo todo. Ninguna casa a la vista, solo el mar como rey del horizonte, desterrando incluso al cielo.

—Hemos llegado a tu casa —volvió a enfatizar.

—Parece que estás segura de que me la voy a quedar, porque es la segunda vez que dices lo de "tu" —dijo Sullivan sin poder apartar la vista del paisaje.

—Y así es, my friend.

Desvió el coche por un camino que se abría a la derecha, sobre el acantilado. Tras unos metros llegaron a una verja cerrada y Zoe se bajó del coche sin parar el motor. Cinnamon levantó la cabeza presintiendo que el viaje llegaba a su fin. Retiró el candado oxidado y volvió en una carrera ligera al vehículo.

Entraron por el camino bamboleándose en el interior. Nada más pasar la verja, Sullivan vio la casa al fondo, que en realidad no era más que una cabaña de madera. Observó la estructura de una planta, la madera vieja, el techo inclinado. Rodeaban la parte delantera de la casa pinos y arbustos, escasamente mantenidos a raya por la mano de algún jardinero no muy diestro.

—Tiene un porche —dijo, y pensó en su madre con su chaqueta de algodón y un libro entre las manos.

—Tiene dos, y el que ves no es el bueno —replicó Zoe.

Bajaron del automóvil. Cinnamon desperezó todo su cuerpo y abrió la boca en un bostezo, tras el cual se puso a trotar para inspeccionar ese

nuevo lugar.

Se acercaron a la casa notando el olor a pino y a sal. "Así es como huele de verdad esta tierra, y no a gladiolos como en la otra casa", pensó Zoe. Se abstuvo no obstante de un comentario tan poético, prefiriendo guardarlo para sí misma. Entraron en la casa a oscuras, puesto que tenía todas las persianas bajadas.

—Un segundo. —Con la luz que entraba por la puerta palpó los fusibles para conectar la electricidad—. Así puedo abrir las contraventanas sin matarme.

Mientras ella abría las tres ventana del salón comedor, Sullivan miró a su alrededor. Olía bien, olía a madera. Era una cabaña pero no desmerecía, a su juicio, la villa anterior. Todo igual de cuidado, pero no necesariamente nuevo. Sin decoraciones de revista, únicamente recuerdos y objetos verdaderos, usados, apreciados.

Su mirada cayó rápidamente sobre la estantería del fondo, de madera oscura, atiborrada de libros dispuestos de manera caótica, unos en horizontal, otros amontonados, otros en vertical. Toda la vitrina derecha rebosaba discos de vinilo y cedés. Sonrió.

El salón tendría unos treinta metros cuadrados, incluyendo la cocina office. La barra americana, con esquineras en madera, a juego de la estantería, separaba de manera natural los espacios.

Los haces de luz que comenzaron a entrar por las ventanas iluminaban partículas de polvo flotando en el aire, testigos de que la casa no había sido preparada para visitas. Sullivan se dirigió a la pared para apagar el interruptor de la luz, una vez que la última ventana fue abierta. Los tres focos de luz natural parecían confluir en Zoe, que estaba de pie en medio del salón, al lado del sofá.

—Ven, ven, esto te va a encantar —dijo Zoe dando palmas casi de manera infantil.

Se acercó, pasando su mano por el lomo del mullido sofá beige. Zoe se apartó a un lado de un salto con un gesto de mago en el escenario.

—Taráaaaaan.

Detrás de ella había una chimenea, de las de verdad. Una leñera en la parte de la izquierda, debajo de la balda donde estaba el televisor, lo atestiguaba.

—¡Una chimenea de verdad! —se sorprendió.

—Y hay otra en la habitación. Y digo la habitación porque solo hay una, por cierto. Como ves el sitio es diferente del que habíamos reservado, tiene un estilo más ¿rústico?. Bueno, rústico no es la palabra porque tienes todas las comodidades: aire acondicionado, calefacción, televisión por cable, equipo de música... En fin, no creo que te falte de nada. Además, ya sabes, si falta algo, me lo pides que yo te lo consigo, para eso estoy.

Sullivan asintió repetidamente. Entró a la cocina. Pequeña, pero bien distribuida, con una bancada suficiente para trabajar. La pared era de azulejos blancos con una cenefa ocre, lo que aumentaba la luminosidad. Una pequeña ventana olvidada por Zoe era la encargada de iluminar el espacio. Abrió uno de los armarios al azar, también de madera clara. Vasos de cristal. Vasos de whiskey. Sullivan volvió a sonreír, y de pronto se sintió mal.

—¿Te has fijado en el techo? —Zoe habló apoyada en la barra.

Miró hacia arriba y vio todas las vigas de madera cara vista, recuperadas.

—Precioso.

—Pues todavía queda lo mejor —dijo con expresión misteriosa.

Al fondo del salón había un distribuidor con dos puertas. Abrió la de la izquierda dejando ver un baño completo, con azulejos blancos y verdes y una ducha grande de hidromasaje.

—El baño —indicó, y cerró la puerta tan rápido que apenas le dio tiempo a asomarse.

Abrió la puerta de la derecha.

—La habitación— se adelantó Sullivan.

Zoe entró y encendió la luz. La cama era grande, con armazón de madera. El armario ocupaba todo el lado izquierdo, dejando el espacio justo para pasar. A los pies de la cama un baúl, y en frente, la otra chimenea, labrada en piedra, más pequeña que la del salón, pero más que suficiente para calentar la habitación entera.

La pared derecha era prácticamente toda una puerta de cristal, y debía dar al segundo porche que Zoe había comentado. En el trozo de pared restante había una puerta de madera, seguramente de otro baño, pensó Sullivan. Pasó por al lado del baúl y se dirigió hacia fuera, pero Zoe se

puso delante de un salto.

—Espera, ahora salimos fuera. Te he dicho que quedaba lo mejor de la casa. —Se giró y abrió la puerta de madera, entrando en la habitación. Sullivan, que quería ver las vistas, se impacientó un poco y dijo:

—¿Otro baño?

La voz de Zoe se oyó desde dentro de la habitación oscura.

—¡Frío, frío!

Sullivan suspiró, tanto entusiasmo le empezaba a fastidiar un poco. Entró a la habitación haciendo patente su impaciencia, momento en el cual Zoe encendió las luces.

Y ahí estaba. La razón por la que ella estaba tan segura de aquella iba a ser su casa.

Un estudio de música. La casa tenía un pequeño estudio de música, de unos quince metros cuadrados, sin alardes técnicos, pero provisto de todo lo necesario: un ordenador, un interfaz de audio, auriculares, micrófonos... En la esquina del fondo, había una guitarra eléctrica, una Epiphone de Les Paul, la Special II le pareció, bastante vieja, apoyada en una mesa baja de café. Era una guitarra para principiantes, más bien, pero igualmente le hizo sentir una oleada de simpatía hacia el dueño de la casa. Completaba el conjunto un sofá orejero gris, convirtiendo aquel rincón en un sitio ideal para componer.

Un gran ventanal se comía prácticamente la pared del fondo. Zoe accionó un botón y la gran persiana que lo cubría se levantó despacio, como un telón en un teatro. Poco a poco la luz y el azul del mar entraron en la habitación y en los ojos de Sullivan, que se encontró con las vistas que antes había admirado en el camino y que ahora parecían rodear la casa.

Zoe salió de la habitación para dejarle solo. Estaba extasiado. Ese era el rincón que había venido a buscar, desde tan lejos. El destino le había traído hasta aquel estudio para darle una nueva oportunidad. En un sitio así, con tres meses por delante, quizás podría, quizás fuera el momento para reencontrar a las musas, quizás pudiera recuperar lo que tuvo...

Zoe esperó más de diez minutos de pie en la habitación contigua. Desde que lo había reconocido había pensado en la casa de Miguel. Miguel era un gironés que residía en Madrid, según el padrón municipal, pero que en realidad era ciudadano del mundo, por trabajo y por placer. Informático de profesión y músico de pasión, en algún momento hizo construir ese refugio para cuando a su pasaporte le vencía el peso de tantos sellos. Zoe suponía que en algún momento había ido de visita y se había enamorado

de Cadaqués, como tanta otra gente.

Descubrió la casa en una de sus paseos con su perro, y no paró hasta que consiguió el contacto del dueño, para intentar incorporar aquella cabaña a su cartera. En principio Miguel se mostró reticente, argumentando que estaba lleno de objetos personales y que verdaderamente no le hacía falta el ingreso extra. A Zoe no le cabía en la cabeza cómo a alguien no le podía hacer falta un dinero extra, porque su cuenta bancaria andaba siempre en la cuerda floja. Pero los propietarios de la zona eran así, casi nadie necesitaba el dinero, a no ser que de repente se arruinaran, como pasó con la crisis del 2008.

Tras insistir durante bastante tiempo, Miguel accedió a probar, y les envió una copia de las llaves para que Zoe lo gestionara. Así se hizo con aquella joyita que, personalmente, le encantaba. Casi todos los arrendatarios habían sido artistas en ciernes, Sullivan era el primero que era, o había sido, famoso de verdad.

Se suponía que cuando Miguel planeaba estar en la casa, le avisaba, y ella la quitaba de la web, pero resultó ser bastante despistado y en ocasiones Zoe se lo encontraba por el pueblo de sorpresa, en el supermercado o paseando por la calle. La primera vez que pasó, Zoe acababa de esprintar hasta la cima de la montaña, y cogía aire disfrutando del impresionante escenario, cuando vio un coche desviarse por el camino de tierra. No había ningún inquilino en la casa por lo que pensó que, o bien era el dueño, o bien debía llamar a la policía. Recorrió con cautela el sendero para comprobar que el candado estaba abierto sin haber sido forzado. Del maletero de un BMW negro un hombre de unos cincuenta años descargaba bolsas tranquilamente, sin ninguna clase de actitud sospechosa. Al sentirse observado, levantó la vista. Zoe se vio sorprendida en su voyerismo, y supo que no le quedaba otra opción que saludar.

—¡Hola, buenos días!

—Buenos días —le contestó el hombre.

—Disculpe, ¿es usted Miguel Nogués?

—¿Quién lo pregunta? —dijo el hombre acercándose.

—Soy Zoe Verdaguer, de la inmobiliaria —dijo señalando el cartel de "Se Alquila".

—¡Zoe! Claro, por supuesto. ¿Cómo estás? Por fin nos ponemos cara —dijo con una amplia sonrisa.

—Sí, por fin... Disculpa que me presente así, pero justo vi subir el auto y no recordaba que me hubieras avisado de que este fin de semana no iba a estar disponible.

—¿No te mandé el email? —preguntó extrañado. Negó con la cabeza—. Perdóname, qué cabeza la mía. Deben ser los años, que me empiezan a pasar factura.

Los años solo le habían dejado las justas canas y arrugas que hacen que los hombres pasen de crianza a reserva, pensó Zoe. Miguel le invitó a pasar, pero rechazó la oferta, excusándose en que venía de hacer deporte.

—¿Pero un café esta tarde si me aceptarás, verdad? —propuso el abanico de sus ojos.

Zoe se tomó aquel café con él, sintiéndose abrumada de atenciones por aquel informático con aire de gentleman, que mencionaba en la misma frase con una pasmosa naturalidad a Verdi y a los Led Zeppelin. Sin embargo, aunque cuando se cruzaban por el pueblo él siempre se mostraba amable y jovial, nunca volvió a invitarla. Se decía que era mejor así, más ético, aunque interiormente se sentía un tanto decepcionada.

Sullivan salió del estudio como si viniera de la mañana de Navidad. Antes de que dijera nada, Zoe se adelantó y le indicó la puerta corredera que daba fuera.

—Te falta todavía el porche trasero. Recuerda que es el bueno.

—No me hace falta verlo para quedarme la casa.

—Lo tengo claro, pero aún así.

Salieron fuera y las vistas que estaban enmarcadas por el ventanal del estudio se vieron liberadas de sus límites. Pinos, alcornoques y algún chopo dispersaban su sombra aquí y allá, resaltando frente al telón azul de fondo.

—Esto es fantástico.

El mobiliario se reducía a un par de sofás con cojines desgastados y una mesa baja de madera. Una explanada de césped de unos cuarenta metros cuadrados, al fondo del cual se veía una barbacoa de obra, hacía las veces de jardín.

Sullivan inspiró profundamente para llenarse los pulmones del olor a mar.

—En fin, creo que podemos volver ya a la villa... ¿Vamos a que te instales o a por tus cosas? —bromeó Zoe.

—Tenías clara la respuesta antes incluso de que viniéramos.

Zoe le entregó las llaves al cerrar la casa. Cinnamon les seguía de mala gana, sabiendo que le esperaba otro viaje en coche. Tras pasar la verja de la entrada también le dio las llaves del candado.

—Yo de ti la cerraría cada vez, para evitar curiosos sobre todo. Alguna gente sube a ver las vistas.

Sullivan iba a decir algo pero sus tripas tomaron audiblemente la palabra por él.

—Perdona, ¿eso ha sido tu barriga? —y una carcajada como una cascada se oyó en todo el coche.

—Lo siento —rió Sullivan, poniéndose rojo por primera vez en años—. Oye, no te rías tanto. Lo último que me llevé a la boca ha sido un triste desayuno de avión, a las seis de la mañana. Es posible que mis tripas hayan empezado a auto digerirse.

—Pues entonces tenemos dos opciones, o te llevo al hospital, o bien te dejo en el pueblo para que almuerces, y mientras yo redacto el contrato para la cabaña.

—Si te digo la verdad, además de hambriento estoy cansado, no he dormido bien en el avión —evitó decir que la principal causa había sido varios vasos de whiskey revolucionando su estómago—. Preferiría almorzar ya en mi nuevo hogar.

A Zoe le encantó la elección de la palabra.

—En ese caso, vamos a por tu camioneta, te indico ahora un sitio para comprar comida en el pueblo, y cuando a ti te venga bien me acerco y te llevo el nuevo contrato. O te pasas tú por la oficina, lo que prefieras.

—Todo facilidades.

—Cien por cien servicio al cliente, así somos.

Zoe volvió a poner la música. Sonó "Sweet Disposition" de "The Temper Trap", y ella la tarareó animada. Sullivan no la conocía, pero se dejó llevar por la melodía suave, claramente optimista. Aprovechó para examinar de reojo el perfil de su conductora, su nariz respingona, sus labios carnosos.

Le entró todavía más hambre.

—Menos mal que el negocio inmobiliario se te da bien, porque lo tuyo no es ser disc-jockey. Esta canción no pega nada con las anteriores.

Zoe abrió la boca y levantó las cejas.

—¿Disculpa? —dijo con afectada indignación—. Yo soy un hacha pinchando canciones. Mis recopilatorios grabados podrían ser número uno del top manta, si los vendiera. Además, no es que esta canción no pegue, es que es otra lista distinta, Mr. Rockstar. —Señaló la pantalla del mp3, donde se veía un nuevo nombre para la carpeta. Zoe tradujo—. A este mix le llamo "Gintoneando".

—Buag. O sea que eres de gintonic. —Sullivan puso cara de asco—. Ya me lo has dicho todo. Para el coche que me voy andando.

—Qué le voy a hacer, con todos los demás alcoholes he tenido algún que otro percance. En cualquier caso yo soy del gintonic normalito de siempre, ¿eh? Nada de esas cosas modernas que sirven en algunos bares donde en lugar de una copa parece que te estés comprando una planta.

Sullivan inclinó la cabeza y levantó las cejas, extrañado.

—¿Que no ha llegado la moda del gintonic fashion a Estados Unidos?

—No que yo sepa... Pero me parece que no frecuentamos los mismos tipos de bares. Donde yo salgo suelen poner cerveza, y whiskey.

—¡Yijjaa! Sí señor, ya lo decía yo, todo un cowboy.

Cuando llegaron a la altura del pueblo Zoe indicó.

—Si giras por esta calle llegas directo al supermercado. Pero luego te doy un mapa.

Pasaron de largo la oficina para retomar el camino de subida a la urbanización. Sonó la siguiente canción, "Young folks". Sullivan silbó, acompañando el famoso estribillo.

—Me da la impresión que no soy la única que le gusta el indie comercial. Porque no es que ésta sea una canción rock precisamente.

Por toda respuesta Sullivan tamborileó los dedos en su pierna, siguiendo el ritmo. Llegaron a la entrada de la urbanización sin darse cuenta, mientras comentaban alguna de las canciones que iban sonando. Damián volvió a saludarles desde la cabina, se levantó de su silla y accionó el

botón sin soltar su crucigrama ni dedicarles una segunda mirada.

Llegaron a la villa, que ahora parecía tan ajena. Ambos bajaron del coche. Esta vez fue Sullivan quien se desperezó ostensiblemente.

—Estoy reventado.

Zoe se situó a su lado, con una mano en la cadera, y asintió comprensiva. Con la otra sujetaba la carpeta del contrato. La abrió, y humedeciéndose la yema del dedo para pasar las hojas, buscó hasta que encontró el pequeño mapa turístico de Cadaqués. Lo extendió sobre el capó de la furgoneta y le indicó con un gesto que se acercase. Sullivan se puso a su lado, con los dos antebrazos apoyados en el coche y las piernas cruzadas.

—Mira nosotros estamos aquí ahora, tu casa —sonrió, y al girarse para buscar su complicidad se dio cuenta de lo cerca que estaban. Sin poder evitarlo apartó turbada la mirada de los ojos verdes de Sullivan, que se daban cuenta de todo. Carraspeó—. Digo que tu casa nueva está aquí. —Recuperó un poco el control—. Aquí está nuestra oficina, esto es el centro del pueblo, aquí tienes una panadería, los supermercados, la gasolinera, la playa por supuesto... En fin, creo que de momento es lo que necesitas saber. De todas maneras, tienes mi número, para cualquier cosa que necesites —y notó su mirada verde clavándose burlona en ella. Se arrepintió al instante de la elección de sus palabras, y muy a su pesar notó como sus mejillas se ruborizaban, sin saber cómo detenerlas. Acertó a ponerse recta y separarse un poco, mientras le tendía el mapa intentando aparentar indiferencia.

Sullivan también se incorporó, y le dio las gracias. El ya sabía el efecto que tenía su mirada en las mujeres. Lo sabía desde antes de hacerse famoso; nunca tuvo problemas al respecto. Incluso ahora que la fama había pasado, que ya no era tan joven ni estaba tan en forma, podía oír las risitas a sus espaldas y notar las miradas. Era habitual que se encontrara números de teléfono entre sus cosas.

Aceptó el mapa que ella le tendía, todavía erguido, con su pose de cantante de rock, y observó la figura esbelta de Zoe, que no tenía nada que envidiar a las veinteañeras, a pesar de que seguramente ya tenía treinta y bastantes. Estimó que quizás sí que iba a necesitar algo de aquella morena, algo para cuando se cansara de pasar noches solo en la cabaña. Siguió mirándola fijamente, regodeándose al advertir cómo se iba poniendo cada vez más nerviosa. De repente sus tripas volvieron a sonar, llevándose su orgullo con el último estertor.

—Anda, anda, ves a comer algo antes de que se te haga una úlcera —rió Zoe, aliviada de que la tensión del momento hubiera pasado.

"Esto me pasa por engreído" y apretando los labios le dio la razón a Zoe.

—¿Me acerco entonces a la oficina mañana?

—No te molestes, ya me paso yo por la cabaña. Eso sí...—titubeó—. Quedará pendiente el asuntillo de la nueva fianza y el adelanto... Entiéndeme. —Abrió las palmas—. Voy a intentar que te devuelvan algo del anticipo de la villa, pero...

—No, no, no hay ningún problema Zoe, voy a pagar la penalización a gusto. Solo dime cuánto es y hago la transferencia —concilió Sullivan.

—Mañana lo vemos todo con el contrato. ¿Te parece bien si me acerco sobre las once? De hecho si me das tu número, te puedo llamar antes, para asegurarme de que te venga bien, o por si acaso surgiera cualquier imprevisto.

Había utilizado la frase mil veces, así que le salió profesional. "Menos mal", pensó, "este gallo me está haciendo parecer una fan quinceañera."

Sullivan le pidió un bolígrafo y apuntó el número en la orilla del contrato.

—Un placer conocerte, Zoe —le tendió la mano mirándola de frente.

—Igualmente. —Le mantuvo la mirada firmemente, sintiendo mariposas de alas verdes corretear algo más abajo de su estómago.

Capítulo 7

¡Sigue la historia en Amazon.com, por tan solo 0,99 euros!

<http://bit.ly/MardeInviernoenCadaques>

o en mi blog www.cristinabouponce.es